

FRANCISCO SERRANO HERNÁNDEZ

La luz del sentimiento

Una mirada crítica al poemario *Concha de luz*,
de Isabel Ascensión Martínez Miralles

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

En fechas recientes hemos podido asistir en Murcia a la presentación del poemario “Concha de luz”, de la poeta murciana Isabel Ascensión Martínez Miralles. Se trata de una obra de tema elegíaco en torno a la figura de Concha, madre de la autora, cuyo fallecimiento constituyó en su momento el punto de partida, el germen agónico y desgarrador que motivaría el libro, si bien a través del transcurrir del tiempo Isabel ha sabido catalizar el dolor primero y alcanzar una visión serena, sustentada en dos pilares inexpugnables que nada ni nadie podrá jamás abatir: una profunda fe cristiana, y la posesión de lo amado a través del recuerdo.

“Concha de luz” está constituido por 44 poemas, en los que predomina el verso de arte mayor, primordialmente endecasílabo. No obstante, encontramos excepcionalmente alguna composición en octosílabos, como es el caso de “Anoche soñé con ella”. En ocasiones, el cambio de métrica dentro del propio poema sirve como elemento amplificador del estado de ánimo o de la carga emotiva: por ejemplo, la “Copla de la concha rota”, en perfectos endecasílabos, se cierra con dos versos heptasílabos, en dramático pie quebrado:

*Tu hija mayor, contigo,
por tí, rezaba a solas.*

Recogiendo la tradición elegíaca de la literatura castellana que, como es sabido, se remonta a Jorge Manrique, y que ha tenido brillantes ejemplos en las letras hispanas del siglo XX, como García Lorca o Miguel Hernández, Isabel quiere hacer especial referencia, precisamente, al poeta oriolano, quien dedicó una inmortal elegía a Ramón Sijé, su “compañero del alma”. En el poema que sirve de pórtico a *Concha de luz*, titulado “En los Ramos, Miguel”, Isabel hace un personal parafraseo del célebre poema de Hernández:

*En Los Ramos, Miguel, como del rayo,
también como del rayo se me ha ido
esa alma espléndida y grandiosa
con quien tanto quería: la madre mía.*

En ambos poetas, el dolor se hace tan inabarcable que su alcance no puede delimitarse por la conciencia:

No hay extensión más grande que mi herida... (Miguel Hernández)

...y aún no calibro la hondura de esta herida. (Isabel A. Martínez)

La mención explícita de la población natal también nos trae ecos del autor de *Viento del pueblo*, en el poema “Cuánto quedó de tí”:

“En Orihuela, su pueblo y el mío,...” (Miguel Hernández)

“...de tu pueblo, Los Ramos, tan querido” (Isabel A. Martínez).

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

En el poema “Enigmas” aún se hace otra referencia más al malogrado poeta:

*Y acudieron tus primas de Orihuela,
el pueblo del poeta maltratado.*

Además de Miguel Hernández, podemos encontrar un referente literario universal en el poema “Madre Quijote”, en el que se atribuyen a la protagonista algunos caracteres de la personalidad del hidalgo castellano: servicio y entrega al prójimo, en especial a los desvalidos; ejemplo de lucha y valor, etc. Por otra parte, desde el punto de vista léxico, el poema está salpicado de términos y locuciones que nos evocan el ambiente de esta novela cervantina: *caballero, andante, escudo, lanzada, arremeter con denuedo, entuerto, batalla, hidalguía, fortaleza...*

El título del poemario, constituido por el sintagma “Concha de luz” (nótese el valor polisémico de *Concha*, ya que éste era el nombre de pila de la fallecida), pone de manifiesto la dimensión religiosa -incluso mística- de la obra, que se hace patente en poemas como “El centro de la luz”. En esta composición contrasta la cotidianeidad de la jornada fatídica en que la muerte aparece inesperadamente –quizá a la plena luz centrada del mediodía-, con la Luz divina del Creador a las que las almas puras aspiran, para fundirse en ella por toda la eternidad, en un momento sagrado e íntimo que bajo ningún pretexto podría ser perturbado en lo más mínimo.

*¡Que nadie estorbe este momento:
se diluye en la Luz la madre eterna!*

Esta ansia, objetivo crucial del alma, de fundirse con Dios se revela en el “El beso prometido”, donde se produce el divino reencuentro del Padre con su *creatura*. El empleo deliberado de esta voz arcaizante aporta ecos medievales que nos recuerdan a nuestro Mester de Clerecía (pensemos en autores como Berceo) aunque es cierto que el término se mantuvo en la literatura secular hasta bien entrado el Siglo de Oro. En sentido inverso, en el Medievo también se registraba la voz *Criador* (p. ej., en el *Cantar de Mio Cid*). Además de este guiño filológico, la autora quiere enfatizar que *creatura* y *Creador* comparten una misma raíz común.

*¡Siga la luz la sombra de tu sombra!
[...]
¡A por la luz se ha dicho!
[...]
Brindis de las sombras con el día
es al fin el soñado reencuentro:
el beso prometido del Padre a su creatura.*

El alma de la difunta es ahora luz, “eco de luz del Creador”, y su luminosa presencia puede constatarse repetidamente en toda la obra. Pero en

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

vida, Concha también fue una fuente radiante de vida y de fulgor. Así se lee en “Concha de luz”, el poema que da nombre al libro:

*Concha, amapola de cálido compás,
morada inmarcesible de la luz,...*

[...]

*Como una candelaria **alumbras** el camino
del peregrino que vive en cada hijo...
y aminoras su carga y su desvelo
en súbitos **destellos** de alma blanca.
Eres, Concha, la **luz** del sentimiento.*

[...]

*Eres, madre, el agua del camino
la sombra y la **luz** y hasta el aliento.*

Igualmente, se registra en “Como el membrillo”:

*Sus ojos eran la simiente de la **luz**,
pues el amor abatió sus alas desde el fondo
y no dejó resquicio la tiniebla.*

O en la “Copla de la Concha entera”:

*...acueducto de **luz** que enlaza amores
en los hilos perdidos del enfado.*

La sólida fe cristiana es, sin ninguna duda, el más valioso salvavidas de esperanza para no sucumbir en el naufragio vital que supone la desesperación, en esa hora amarga

*abierta a los abismos y a la duda,
como nunca jamás hubo otra hora! (“El beso prometido”)*

Pero la solidez de la fe no es constante; fluctúa, como las mareas. Las horas oscuras en las que la conciencia se desorienta, se confunde, duda, se deja invadir por la angustia y la desesperación, dejan paso a las horas de luz, en las que el alma se serena y el pensamiento recupera imágenes confortantes y reparadoras. En “El sol se despide”, la luz del recuerdo de la madre se renueva siempre en cada amanecer.

*Como el sol se despide, sé que vuelves,
por el aroma incandescente de tu esencia,
por los jazmines y rosas del recuerdo,
por el presente eterno que renuevas.*

Respecto a la presencia de elementos religiosos en la obra, puede comprobarse cómo la tradición y la imaginería cristiana está presente, por ejemplo, en el paralelismo que se establece entre la Pasión y Muerte de Cristo

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

y los últimos momentos de vida de Concha, en la interminable calle de su Via Crucis:

*Solitaria mansedumbre de calvario,
asumiendo su cáliz como un cristo
injustamente condenado. (“Por la calle tan larga”)*

Esa calle del pueblo es testigo mudo del funesto desenlace (“Te has quedado en el aire de tu pueblo”, se lee en la “Copla de la concha rota”), calle cuyo nombre no puede dejar de obviarse: Ramón de Campoamor, apellido éste que se presta a trastocarse oportunamente en el sintagma preposicional *campo de amor*, pues tal

*fue siempre tu vida,
siempre, a la sazón, sembrado de semillas de entrega
y de desvelo, de perdón y generoso aliento. (“Calle Ramón de
Campoamor”)*

El poema “Cristo del Rescate” ofrece otra muestra de profunda fe y devoción religiosa. La autora se refiere a la imagen de un Cristo que había en su casa, desde que era niña, y al que su madre tenía gran devoción. Precisamente, la víspera de la muerte de la madre la imagen no se hallaba en su lugar de siempre, lo cual sirve para relacionar la situación –de nuevo- con un pasaje sagrado de la Pasión: el sentimiento de abandono que debió experimentar Cristo, crucificado en el Calvario:

*a mi memoria vino el bíblico sentir
de Cristo, exhausto en el Calvario:
“Padre mío,, ¿por qué me has abandonado?”
¿Quizás sentiste tú lo mismo, el desamparo
en esa encrucijada en que la vida escapa?*

En otro orden de cosas, a lo largo del poemario *Concha de luz* resulta significativa la peculiar relevancia que adquiere la onomástica, a cuyo respecto encontramos una profunda veneración del sustantivo común “madre”, o del nombre propio (dual en su significado, como dijimos) “Concha”.

Madre, nombre infinito (“El centro de la Luz”)

*En tu nombre bautizo mis heridas,
Concha del corazón, ¡oh, madre mía!* (“Concha de luz”)

En su nombre cabe, mamá, lo imprescindible...

[...]

*El nombre mamá llena la boca,
como una hogaza de pan, siempre dispuesta*

[...]

*El nombre mamá llena los ojos y las manos
con racimos de luz y abrazos soleados.*

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

[...]

*Y aunque se vaya, es el destino,
su **nombre** no se borra en la memoria*

[...]

*Si ya no está, su **nombre** tiembla en tu garganta
como la gota de lluvia en cada hoja
y en ese temblor te reconoces hijo,
hijo por siempre de su eterna esencia,
de su **nombre, mamá**, como al principio. (“El nombre mamá”).*

La soledad y el vacío son tan grandes, que la propia articulación fonética del nombre de la madre perdida se solidariza con el sentimiento del poeta, se vacía, se convierte en hueco mudo, desvirtuado por la ausencia del amadísimo ser al que la palabra referenciaba:

*y me quedo rasgando los espacios de su nombre
cual criatura indefensa, sin futuro. (“A menudo sueño”)*

También, en algún caso, se produce una exaltación del Verbo, entendido éste como el poder de la palabra ejecutoria del Dios Creador, a cuya orden “Hágase” (fiat) la Naturaleza se pliega, obediente y sumisa. Este poder sobrenatural es invocado y anhelado como única vía de recuperar lo que es humanamente imposible. Así, se lee en “Cuando pienso tu nombre”:

*Quisiera ser la nada incandescente
que recrea los mundos nuevos en su origen,
génesis viviente, yo deidad,
omnipotente logos creador,
enérgico sonido hacia tu mundo
que al presente te atraiga, renacida.*

En lo que se refiere a la descripción directa de cualesquiera rasgos de la madre, puede decirse que en los poemas que componen el poemario *Concha de Luz* no es excesivamente profusa la enumeración de los caracteres físicos de la protagonista. Sin embargo, ocupa un lugar destacado, casi exclusivo, la risa:

*...cuando la **risa** de mamá volaba
sanando los errores y deslices... (“En los Ramos, Miguel”)*

*...mas tu **sonrisa** vuela libre en mi memoria
y es cómplice feliz de aquel evento (“Por la calle tan larga”)*

*...en círculos de estrellas florece tu **sonrisa**. (“Concha de luz”)*

*El suave despertar de tu **sonrisa**,
en los valles del sueño reverdece (“El beso prometido”)*

*...el sonoro cristal de **risa** limpia*

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

*que brillaba en sus ojos al mirarme
[...]
Y el tiempo se hace inmenso sin su voz,
sin la añorada miel de su palabra,
sin el cobijo santo de su **risa**. (“A menudo sueño”)*

*Era un pozo de olvidos sin medida
el agua fresca de su **risa**. (“Como el membrillo”)*

En el poema “La mecedora”, la sonrisa materna adquiere una particular dimensión:

*Tú volabas resuelta, sin perder la medida,
desde el pie a la **sonrisa**
que, feliz, oscilaba al compás de tus huesos,
en aquel bamboleo.*

Incluso existe un poema dedicado en exclusiva a este particular, titulado “Llevo tu risa”:

*Llevo tu risa, estela vaporosa,
dentro de mi sangre,
[...]
Tu risa me consuela en la desdicha
de las horas paternas...
[...]
pero tengo tu risa por defensa.
[...]
Tu risa es la bandera que enarbolas
desde el otro horizonte hasta mi sombra.*

Además de la vista, la percepción de la madre se hace extensiva a otros sentidos. La definición olfativa materna se pone de manifiesto en “Concha de luz”:

*Como una madre esparces tus aromas
de leche y de jazmín a cada paso
y hay palomas que endulzan tu regazo.*

Los oídos también sufren la añoranza, el vacío producido por la ausencia de la madre, que solía llamar frecuentemente, sin motivo determinado, sólo por el gusto de charlar un rato, a veces hasta ocasionando en la hija un cierto incomodo –ahora doloroso, en el recuerdo-, al tener que interrumpir por un momento los quehaceres cotidianos. Este vacío dejado por la ausencia de su voz se verifica en “A veces me llamaba”:

*Ya no escucho su voz ni me interrumpe
en la tibia rutina cotidiana.
Ya no hay prisa o llamada inoportuna.
Todo vive en su voz y yo en la de ella.*

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

La añoranza de la voz materna parece repercutir en el normal transcurrir del tiempo, que se ahora se ralentiza, casi se congela, como se hace patente en el poema “A menudo sueño”:

*Y el tiempo se hace inmenso sin su voz,
sin la añorada miel de su palabra,*

Nuevamente, surge la angustiosa búsqueda de la voz amada en “El beso prometido”:

*¿ Dónde estás de veras,
dónde tu voz de mar regocijado?*

Sin embargo, en otras ocasiones, la voz de la madre se evoca no como lamento ante su pérdida, sino como gozoso consuelo en el recuerdo. Así se manifiesta en el poema “Concha de luz”:

*En las noches cerradas eres luna
que amamanta al hijo ensombrecido
y el néctar de tu voz calma el anhelo
del abrazo que ofrece tu recuerdo.*

De igual manera se rememora la dulzura de su voz, serenamente recordada, en “A menudo sueño”:

*A menudo sueño su bondad implacable,
irreversible , el sonoro cristal de risa limpia
que brillaba en sus ojos al mirarme,
al teñirse su voz de mermelada,
chorreante murmullo de aguas dulces.*

No me es posible concluir mi modesto acercamiento a esta extraordinaria obra de Isabel Martínez Miralles, sin aludir a la oposición presencia/ausencia del ser amado, tan típica del género elegíaco, que posibilita la constante alternancia entre un tiempo pasado feliz y un presente mutilado cuyos únicos consuelos son el recuerdo sosegado y la fe. Ambos momentos son evocados en la obra con minuciosidad. Por un lado, encontramos poemas que narran vivencias lejanas en el tiempo, episodios de la infancia (“Me descubro pensándote”, “En leotardos”, “La playa”, “Mundos de sal”), en los cuales se desgranar hermosos recuerdos imbuidos de inocencia, que consiguen evadirse completamente del momento de su evocación, evitando contagiarse de la influencia del luctuoso desenlace del presente. Pese a ello, curiosamente, en una de estas evocaciones encontramos una construcción que recuerda levemente a un tópico del género elegíaco ya utilizado en la literatura clásica romana y que también encontraríamos más tarde en Manrique: el *Ubi sunt*.

*¿Dónde estarán ahora, me pregunto,
aquellas gentes del parchís inexcusable
cada tarde?*

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

Sin embargo, otros poemas también sugieren un recuerdo amable, aunque su atmósfera radiante pronto queda eclipsada por oscuros nubarrones, propiciados por la mención de algún suceso trivial o cotidiano que, con seguridad, resultaría intrascendente de no ser porque se produce muy poco tiempo antes de la muerte de Concha. En algún caso, dicho suceso se convierte en una especie de hito, a veces premonitorio. Así lo encontramos en la alusión al día en que la mujer tuvo noticias de la muerte del perro Timoteo:

*Cuando supiste de su muerte,
pues sólo la muerte podía impedir su vuelta,
un presagio veloz te nubló el semblante.
¿Qué felino sagaz se adelantó al zarpazo?
¿Qué noticia sin voz te ensombreció la vista?
Pocos días después, tu corazón
saltaba por los aires de esa calle
donde, huérfano, el mío, se quedaba sin ti. ("El Timoteo")*

La "Copla de la concha rota" y "Por la calle tan larga" son dos poemas que se ubican cronológicamente en el preciso momento de la muerte. De igual manera, "El último desayuno" se refiere a esa última jornada de vida, unas pocas horas antes del triste suceso, y describe una amena y cotidiana escena familiar en la que, como en "El Timoteo", se nos anticipa la muerte de la madre en una cuenta atrás inexorable, que le va arrancando los minutos del pecho.

*Nunca más habría de repetirse .
Cayó el soldado en acto de servicio.
Dejó la estela de su amor sin tregua,
enredada sorpresa de adiós mudo,
germinada semilla de contrastes. ("El último desayuno")*

Por su parte, "El centro de la luz" recoge el dramatismo del encuentro de la hija con la madre ya fallecida.

*Cuchillo luminoso, la sirena,
se cruza en el camino del trabajo
y la hija se lanza cuesta arriba,
tras los pasos perdidos de la madre.
Falta, al llegar, el brillo de sus ojos,
que, cerrados, la esperan para siempre. ("El centro de la luz")*

Cerrando esta clasificación que he propuesto, encontramos algunas composiciones que oscilan con insistencia pendular entre estos dos estados definidos: ora reflejan el dolor y la angustia contradictoria del espíritu en los lacerantes momentos del duelo; ora hallan consuelo en el recuerdo confortante y reparador. Un ejemplo de esto se constata en "Como el membrillo":

*En su regazo moraban golondrinas,
verderoles, colibríes...
que trinaban al verme regresar a la casa*

La luz del sentimiento:

Una mirada crítica al poemario **Concha de Luz**, de Isabel Martínez Miralles.

*que era de todos por ser suya.
Un gorrión volaba en su entrecejo,
con aspecto de cuco grácil y atrevido.
Todo se fue en un vuelo,
ella con sus aves y sus trinos,
con el murmullo alegre de sus ojos.
Y, sin embargo, todo queda conmigo,
sin ella, con ella en mi recuerdo...*

Otro poema que se caracteriza por esta fluctuación angustiosa de sentimientos sucesivos que deriva en una espera interminable, es “A menudo sueño”:

*A menudo sueño su bondad implacable,
irreversible , el sonoro cristal de risa limpia
que brillaba en sus ojos al mirarme,
[...]
Ve entonces partir las caracolas de su pelo
hacia un viaje infinito,
[...]
Y acecho el eco firme de sus pasos
por si poder volviera a bendecirme.
Mas pasan los días y ella no vuelve,*

Pero si buscamos en *Concha de luz* un poema que manifieste de manera palmaria esa constante alternancia entre ausencia y presencia del ser amado, entre soledad y abrigo, tenemos que referirnos a “Madre de quita y pon”. Con sólo su título, este poema ya transmite una evidente sensación de inconstancia y desasosiego.

*Madre de quita y pon, vas y te vienes,
enciendes mis espacios y los ciegas.
Vienes y te vas por las costuras
del tiempo que atesora despedidas.
¿ Dónde tu mano?
Cálida y tibia, reposando en mi hombro.
Efímera y volátil, flotando en dulce sueño.*

Pese a que me dejo muchas cosas en el tintero, me veo obligado a interrumpir aquí este espontáneo bosquejo, no sin pedir antes disculpas al amable lector por el desorden expositivo que a buen seguro habrá detectado en él, ya que fue redactado de continuo, sin demasiada planificación ni tampoco rigurosidad estructural, con el único propósito de comentar y ampliar las diversas notas a pie de página que fui recolectando en las dos intensas lecturas –he de decir que también gozosas- de este admirable libro de Isabel Ascensión Martínez Miralles titulado “Concha de luz”, escrito con la intensidad del corazón y con la solvencia que aportan el vasto conocimiento y el diestro y certero manejo del lenguaje.

FRANCISCO SERRANO HERNÁNDEZ